

ct

Al Mutamid (Sueño en un acto)

de
Juan García Larrondo

(fragmento)

DRAMATIS PERSONAE

AL MUTAMID, *poeta y rey de Sevilla*

UNA HIJA *de Al Mutamid*

ITIMAD, *lavandera y después reina*

IBN AL LABBANA, *poeta y visir*

IBN AMMAR, *poeta y visir*

DOS LAVANDERAS

LA HECHICERA *de los Abbadíes*

RUMAYK, *muletero*

IBN ZAYDÚN, *poeta y visir*

ABBAD, *primogénito niño de Al Mutamid*

`ABD AL YALIL, *poeta*

ALFONSO VI, *rey cristiano*

RADHI, *hijo de Al Mutamid*

RACHID, *hijo de Al Mutamid*

YUSUF, *rey almorávide*

MÚSICOS, BAILARINAS, COPEROS Y CRIADOS.

CORTESANOS, CADÍES, VISIRES Y GENTES DE SEVILLA

SOLDADOS CRISTIANOS, DE AL MUTAMID Y DE YUSUF.

HIJOS E HIJAS DE AL MUTAMID.

Últimos años del siglo XI. Agmat, Marruecos. Música árabe, triste. Una lumbre ilumina al anciano rey Al Mutamid: solo, exiliado hasta de sí mismo. De sus tobillos penden unas cadenas que cubren el suelo de lo que podría ser una humilde casa. Todo está inmóvil. Redoblan, monótonos, dolorosamente lentos, unos tambores apagados de guerra. Mutamid abre los ojos y comienza a soñar.

MUTAMID

(Acariciando sus cadenas). Cadena mía... ¿Por qué te ciñes tanto a mi? Ya te has bebido mi sangre, has comido mi carne y has roto mis huesos. Cadenas sombrías, que os deslizáis como serpientes, apretándome como leones fuertes y crueles... Tened respeto que es a Mutamid al que cubrís.

(Se oyen pasos. Las cadenas empiezan a deslizarse, abandonando lentamente al cautivo).

¿Dónde vais?... ¡Volved! ¡Volved, cadenas mías! ¡Cuervos de Agmat! ¡Respeto para el que con dádivas y espadas mandaba a los hombres al Paraíso o al Infierno!...

(Las cadenas desaparecen. Una hija de Mutamid entra, cargada de sacos, sucia y sudorosa. Mutamid se sobrecoge, apartándose).

UNA HIJA

(Cansada, soltando los bultos). ¿Con quién hablas, padre?

MUTAMID

(Cerrando los ojos). Soñaba con mis cadenas.

UNA HIJA

(Comprensiva). ¿Y no has probado la comida? Pues las melancolías no te trocarán el dolor del alma por el del vientre... *(Se acerca a él, lo besa respetuosamente y le sonríe, mostrándole una pulsera).* ¡Mira esta cadena que sí es real! ¿Te gusta?

MUTAMID

(Observa la baratija, luego a su hija). Has crecido; y tu amo te hace ahora esclava de su amor, ¿no? *(La joven se ruboriza).* Anda, tráeme un poco de agua.

UNA HIJA

(Obedeciendo). Si lo ves prudente, podría hablar con el Hakim de Agmat. Sé que una vez casada atenderá mis súplicas y...

MUTAMID

(Escupiendo el agua). ¡Ni el agua de Agmat es buena! Ninguna agua será nunca tan benéfica como la que nos regalaba el Guadalquivir...

UNA HIJA

(Dolida, pero sin perder la compostura). Pero, padre, yo le amo y él...

MUTAMID

Tú eres hija de un rey.

UNA HIJA

Sí, del más grande. Pero ahora soy sierva. ¿Acaso olvidas que también soy hija de la esclava Rumaykiyya?

MUTAMID

(Mirando triste a su hija). Ya sólo tengo nostalgias. *(Le pide otra vez agua. Esta vez se la bebe sin rechistar).* ¿Dónde está tu madre?

UNA HIJA

Fuera. Lavando.

MUTAMID

(Llora). ¡Qué cruel es la vida! Parece que fue ayer cuando la vi por primera vez lavando en la orilla del río, con su gracia... ¡Triste destino el suyo que, tras hacerla reina, la ha devuelto al mismo oficio!

(Entra Itimad, vestida con harapos, desvelándose y cargada de ropas).

ITIMAD

(Dulce). ¿Y qué? Mis manos estaban acostumbradas a frotar las ropas ajenas y recuerdan perfectamente esas labores. ¡Mejor piensa en la suerte que con eso adelantamos! ¿Y qué es eso? ¿No has comido aún?

MUTAMID

No me riñas y déjame que bese tus manos.

ITIMAD

La sangre de los Abbadíes corre con demasiado orgullo por tus venas. Los tiempos en que las lavanderas pasaban de la orilla del río al trono se acabaron, Mutamid...

MUTAMID

Ahora los reyes pasan del trono a la muerte o al destierro.

ITIMAD

(Sonriente). Sí, pero incluso en el destierro un rey debe alimentarse. *(Le acerca un cuenco con comida).* Yo te sigo sirviendo igual, ¿ves?

MUTAMID

El Dios que nos trajo aquí, a humillarnos, a quitarnos las glorias de antaño, es el mismo que me premió con el más grande don de todos: tú, mi reina Itimad. *(Se abrazan. Mutamid acepta comer algo).*

ITIMAD

Sal fuera y cuida de tus hermanos, hija. Pero cúbrete el rostro, que acechan los amigos de los faquíes y ya no estamos en Al Andalus... (*La joven obedece*). Escúchame, esposo: Tu hija necesita tu aprobación para casarse y no puedes evitarla más. Es bueno para ella. La salvará de toda esta desgracia y quizás pueda interceder ante el gobernador por nosotros...

MUTAMID

(*Dejando de comer*). No, ya no estamos en Al Andalus. ¿No ves a tus hijas, andrajosas y hambrientas, hilando para otros? Acuden a saludarte, cabizbajas, macilentas, consumidas. Pisan descalzas el cruel barro, como si no hubieran pisado almizcle o alcanfor...

ITIMAD

Confórmate, Mutamid.

MUTAMID

Lloraré lo que me queda de vida.

ITIMAD

(*Dándole de comer ella misma*). ¡Basta de lamentos! ¡Con la dieta poética no se come! Y ya es hora que descanse este derrame de lágrimas.

MUTAMID

Ya es hora de que llanto y mejillas mueran, sí. No puedo sobrevivir a esta prisión de Agmat. Cada vez que abro los ojos veo cadenas y, cada vez que los cierro, también. No puedo ni respirar cuando te miro, cuando os veo, a ti y a los pocos hijos que nos quedan, convertidos en esclavos como si todo hubiese sido nada más que un sueño...

ITIMAD

¿Acaso se puede arrebatar la nobleza? Si el dolor es grande, consuela tu alma por lo pasado y vivamos este presidio con la altivez con que vivimos la gloria y la derrota.

MUTAMID

¿Para qué quiero vivir? ¿Para ver a mis hijas trabajando de criadas?

ITIMAD

(*Dolida, le provoca*) Pues entonces me verás morir a mí también.

MUTAMID

¡No hables así! (*Coge el plato y comienza a comer con ahínco*).

La hija entra, aún cubierta con el velo. Le acompaña un hombre oculto bajo una larga capa.

UNA HIJA

Padre... ¡Un hombre ha venido a visitaros!

Al Mutamid e Itimad, casi asustados, se incorporan, humildes.

MUTAMID

Entra, peregrino. Que aquí, aunque pobres, cumplimos con las leyes musulmanas de la hospitalidad. ¿Es que te has perdido?

EL EXTRANJERO

He hallado, creo, al que buscaba. ¿Eres tú, Al Mutamid, poeta y rey de Sevilla?

MUTAMID

Lo era. Ser rey no dura para nadie, pero la muerte es duradera para todos. ¿Quién me busca? Ya no me queda nada. *(Itimad y su hija se abrazan al padre).*

EL EXTRANJERO

No temáis, porque si antes os serví como fiel visir, ahora vengo como el amigo que más os ha llorado.

El extranjero se descubre y se arrodilla ante el rey. Mutamid le obliga a incorporarse y le abraza, entre lágrimas. Todos lloran emocionados.

MUTAMID

¡Ben Al Labbana! ¿Es posible?

LABBANA

¡Mi señor! ¡Mi reina! ¡Qué largo y doloroso ha sido llegar hasta aquí!

MUTAMID

Aún debe amarnos Dios por traerte hasta nosotros. ¡Qué alegría! Pero... ¡Entra!... ¡Entra en esta casa! Verás que ya no tengo morada, más que el cielo estrellado y el barro que nos acuna... ¡Amigo!

LABBANA

He sufrido tanto sin veros...

ITIMAD

Somos proscritos, y vivimos en la miseria, noble Labbana. Sólo agua tenemos para darte. Agua y lágrimas...

Se marcha a por más agua. Los hombres se sientan uno frente al otro.

MUTAMID

Tampoco tengo criados educados ni de confianza con quien despachar mis asuntos. Discúlpame por mi pobreza, pero ¿no es natural que la Luna llena se eclipse?

LABBANA

Aún habláis como el poeta que también tuvo que ser rey.

Itimad ofrece agua al recién llegado.

MUTAMID

Veo que sabes de nuestras pérdidas. Nuestros hijos cayeron y yo he tenido que sobrevivir para llorarles.

LABBANA

De toda la España musulmana, tan sólo han quedado libres de los almorávides Mostáin de Zaragoza y la Sahla, de los Beni-Razin. Yusuf se ha adueñado de todo Al Andalus... ¡Perro traidor!...

MUTAMID

Al Andalus murió con nosotros. Los hombres del mañana ya sólo podrán soñarlo entre sus ruinas.

LABBANA

Los poetas, los filósofos, los científicos... Todos los hombres de bien han acabado muriendo o marchándose, incluso a tierras cristianas. Los cadíes y los jueces de Yusuf han sembrado el terror con sus bárbaras costumbres del desierto. Es una locura. Pero paremos de lamentarnos un instante, porque la dicha me ha permitido volver a verte, amado rey. Os he traído algunos presentes y algo de dinero. Pero todo se me antoja poco para el más generoso de los hombres...

ITIMAD

Alá te bendiga, Labbana. Os haremos algo de comer.

Itimad y su hija salen.

MUTAMID

La poesía me brota dolorosa en el exilio. ¡Ojalá pudiera volver a pasar otra noche con el jardín delante y el estanquillo detrás!... Entre olivares, con la herencia de la grandeza, oyendo el susurro de las esclavas cantoras o el gorjeo de los pajarillos...

LABBANA

Bien difícil es aceptar esta voluntad de Dios.

MUTAMID

Si Dios quisiese aún decretar mi muerte en Sevilla. Allí serían dispersadas nuestras tumbas en el Día de la Resurrección. ¡Sevilla! Pocos hombres podrán decir de sí mismos que han sido reyes de una musa que se recostaba, plateada y flotante, sobre el Guadalquivir...

LABBANA

Allí todo es triste ahora. Los sevillanos buenos huyeron, se lanzaron desde las murallas, atravesaron el río a nado o incluso se deslizaron entre las cloacas para escapar de las hordas de Yusuf. Pero aún quedan quienes os lloran y rezan por vuestra gracia. Vuestros versos corren escondidos entre las manos de gentes de bien y todavía se habla de vuestro coraje por los palacios.

MUTAMID

(Incorporándose). Me encarcelaron al llegar y ahora me han sacado de una prisión para sepultarme en otra. Ya no moriré en Sevilla. De alguna manera, este al que ves, yació luchando contra el enemigo, defendiendo las puertas de su alcázar. ¡Pero sigo escribiendo! ¡Sí! Mi reino ahora es la poesía.

LABBANA

Tu fuiste el rey de los poetas, señor...

MUTAMID

Y también un mal rey para los hombres. Al final no supe reinar, más que en versos. ¡Ay, Labbana, nos hemos hecho viejos! Itimad me ayuda a transcribir mis escritos, pues apenas veo ya nada más que imágenes del pasado, fantasmas y cadenas. (*Mutamid tiembla*).

LABBANA

Estáis pálido.

MUTAMID

Es la Luna afilada que me nombra y me hace estremecer. Son los miedos, los remordimientos y las risas de las muchachas que me enseñaron las artes del amor y todavía me avergüenzan...

LABBANA

¿Por qué no descansáis?

MUTAMID

Sea. Dejemos que se aletargue este fatigado corazón. Pero no te alejes, amigo. Quédate cerca de mí, por si me costase volver al mundo de los vivos y necesitase tu mano.

LABBANA

(*Ayudándole a recostarse, se acomoda a sus pies*). De mi mano y de mi vida entera disponéis.

Música. Las estrellas giran alrededor del rey. A lo lejos, un murmullo de agua.

MUTAMID

Esto me recuerda a mis días en Silves, allá en el Algarve, cuando aún éramos inocentes y por las noches le pedía a Ibn Ammar que durmiese junto a mí. Juntos desvelamos los secretos del corazón. Mi dulce Ibn Ammar... ¡Qué agrio dolor me habría de causar más tarde!

LABBANA

No le habéis olvidado, ¿verdad?

MUTAMID

¿Cómo podría? Antes de que me abandonase, antes de que Itimad apareciese en mi vida, sólo tuve ojos y sentidos para aquel al que yo habría de nombrar mi hermano y amigo más amado: Ibn Ammar. Mi destino y el suyo recorren las mismas sendas todavía... Tal y como él siempre proclamó.

LABBANA

El corazón de los hombres es un laberinto de múltiples puertas...

MUTAMID

Y él era el guardián de mi corazón.

LABBANA

Creo, Señor, que el calor de vuestra mano amiga me ha dado tanta paz que el sopor ha empezado a pesar también sobre mis párpados... ¡Ha sido largo llegar hasta aquí! *(Se acomoda, semidormido)*.

MUTAMID

El sueño de un niño, sí. Apenas quince años tenía cuando mi padre, Mutadid, me envió como príncipe para gobernar Huelva. ¡Y allí estaba él: Ibn Ammar! Nuestra amistad creció durante el asedio de Silves. ¡Cómo me subyugaban sus aventuras y sus atrevidos poemas! Eran tiempos en los que la muerte todavía no me cortejaba... ¿Duermes, Labbana? *(Silencio)*. Bendito seas. ¿No oyes correr el agua? ¿Y de quiénes son esas dulces voces que cantan?... *(Vencido por sus sueños)*. De nuevo me asedian los escalofríos, las visiones... ¿Tú no las ves, Labbana? *(Un haz de luz parece cegar al débil monarca)* Yo os saludo, posadas mías de Silves... ¿Añoráis las auroras de la adolescencia como yo?... Saludos al palacio de las Barandas... ¡Qué salones de mujeres!... *(Ríe, cayendo dormido)*. ¡Cuántas noches deliciosas entre sus sombras con chicas de generosos traseros y finas cinturas!... *(Ríe)*. ¡Sí!... ¡Sí!...

Sus risas se confunden con las de unas bellas jovencitas que, casi desvestidas, entran corriendo y salpicándose agua, entre gritos y algarabía. Las sigue IBN AMMAR, que también participa del juego. Todos ríen y giran alrededor del rey dormido. Música de laudes. Labbana está ausente de todo. Ammar se detiene, juguetón, frente a Mutamid dormido y, cómplice con las esclavas, le derrama una vasija de agua sobre la cabeza. Mutamid se despierta dentro de su propio sueño, espantado. Todos ríen. El rey, que vuelve a ser el joven príncipe, ríe y acepta la broma de sus compañeros, siguiéndoles en su nocturno juego. Apenas dirige una última mirada al durmiente Labbana...